



# LA IRA DE LOS DIOSES

Un Führer , un país, un único destino.

**LUIS GUERRA**

# LA IRA DE LOS DIOSES

La Ira de los Dioses- 2014 Luis Guerra

Todos los derechos reservados.

A Olga, Álvaro y Naiara

## CAPÍTULO I

Leo cruzó la calle envuelto en una gabardina que le tapaba por completo. Un observador avisado se hubiera percatado enseguida de lo inapropiado de su vestimenta para el mes de Junio en el que se encontraban, por suerte hacía horas que había oscurecido y la zona se encontraba desierta. Se detuvo ante la entrada de la iglesia y empujó el portón. La madera del vetusto edificio no se movió por lo que volvió a intentarlo, esta vez con más fuerza, consiguiendo el mismo descorazonador resultado. Miró nervioso en todas direcciones antes de caminar hacia la parte posterior del edificio.

Un hombre vestido con el negro uniforme de las SS observaba los movimientos de Leo a suficiente distancia como para no ser descubierto. No le había resultado complicado pasar inadvertido, durante los dos días que llevaba vigilando todos sus movimientos Leo no había tomado ninguna precaución. El SS sospechó de él nada más leer el informe, no era habitual que una persona de su relevancia mantuviese contactos con personas tan peculiares. Supo enseguida que se trataba de un asunto que debía investigar en persona y con discreción. Se vanagloriaba de conocer a todos los posibles enemigos del Führer y no iba a permitir que alguien como Leo se viese involucrado con personas que pudieran suponer un peligro para el Reich.

La puerta trasera se encontraba abierta por lo que al primer impulso se abrió. El suave chirrido de los goznes le pareció un ruido capaz de despertar a toda la ciudad. Antes de entrar volvió a comprobar que no hubiese nadie en los alrededores que pudiera observar sus movimientos. Hasta

ese instante nada de lo acontecido en los últimos días le había parecido peligroso, pero ahora cuando se encontraba a un paso de emprender lo que podía ser un camino sin retorno un miedo irracional se apoderó de él. Con paso dubitativo dio el primer paso que le llevó dentro del templo.

El SS esperó a que su presa se adentrara por completo para salir de su escondrijo y avanzar hasta el pórtico. Nadie conocía su paradero, había cubierto sus pasos ocultando a sus superiores cualquier aspecto de su misión; no quería compartir el éxito con nadie. En una época tan convulsa y repleta de nuevas oportunidades como en la que se encontraban era frecuente que los méritos de los subordinados fuesen utilizados por los superiores para medrar dentro de la organización, ninguneando al verdadero autor de la investigación. Eso no le volvería a suceder, en esta ocasión iría directamente a hablar con la máxima autoridad para así conseguir lo que tanto anhelaba y creía merecer; el reconocimiento de una vida dedicada al partido. Desde el mismo instante que acudió a afiliarse su único objetivo fue ayudar a crear un estado nacionalsocialista. Ahora, que una vez alcanzado el poder, era el momento para lograr la cuota de poder que se merecía.

Leo caminó por un estrecho pasillo que terminaba en la sacristía. Llamó a la puerta con suavidad. Esperó con los latidos del corazón palpitando en las sienas a que alguien le respondiese. Notó como le temblaba la mano cuando la colocó encima del tirador. De nuevo el ruido de los goznes le sobresaltó, se armó de valor y se aventuró a entrar en la estancia. Dio tres pasos dentro de la habitación cuando la puerta se cerró dejándole a oscuras.

— ¿Hay alguien? —preguntó con voz temblorosa.

Se oyó el ruido de un fósforo al encenderse, una débil llama iluminó el rostro rubicundo de un hombre vestido con sotana.

—Llega usted tarde —dijo el hombre mientras encendía el quinqué colocado encima del sacrarium. La llama se hizo más intensa iluminando la sacristía.

Leo fijó sus ojos en la figura imponente del sacerdote. Una cicatriz que le cruzaba la mejilla derecha le confería un aspecto amenazador que se acentuaba con la fiereza de su mirada. Pocas personas eran capaces de sostenerla, y Leo no era una de ellas, por lo que bajo la vista atemorizado.

—Padre, discúlpeme, no ha sido fácil encontrar la iglesia — se atrevió a contestar en voz baja.

—Que mi vestimenta no le confunda, no soy sacerdote, llámeme Jonás —comentó con seriedad— Ya que no ha sido puntual por lo menos se habrá cerciorado que no le seguía nadie, ¿verdad?

Leo dio inconscientemente un paso hacia atrás. El temor que había sentido instantes antes de ingresar en el edificio había aumentado exponencialmente.

— ¿Por qué iba a seguirme alguien? —sus palabras brotaron como un sollozo. Estaba asustado y a su cuerpo no le importaba demostrarlo. Notó como las manos comenzaban a temblar con más insistencia por lo que las juntó en un intento de detener su movimiento.

— ¿No pensará que siendo usted quien es no van a controlar sus pasos de cerca? —preguntó Jonás con gesto desdénso.

—Nadie me ha seguido, he tenido mucho cuidado me he vuelto varias veces y no he visto nada —mintió Leo.

—Tenemos mucho que enseñarle si queremos que nos sea útil. Va a ser una ardua tarea, ni siquiera es capaz de disimular una mentira. Hasta un niño se hubiese percatado de la falsedad de sus palabras —señaló el falso sacerdote.

— ¿Enseñarme? ¿Quiénes son ustedes? —Preguntó Leo sorprendido ante el comentario —yo he acudido por que el individuo que vino a verme me aseguro que tenían los datos que acabarían de una vez por todos con él.

Jonás movió la cabeza desesperado, aquel hombre que tenía enfrente era peor de lo que se imaginaba. No solo era débil, sino que era un ingenuo o aún peor, un incapaz.

—No creerá que un asunto tan peligroso puede ser llevado por una sola persona, pero las respuestas deberemos dejarlas para más tarde, ahora debemos irnos, aquí no estamos seguros.

El rostro de Leo mudó de color, la sangre abandonó su cara y la lividez se apoderó de ella. El poco aplomo que le quedaba desapareció, todo aquello de repente le pareció un error.

—No se preocupe, tenemos los documentos que le prometimos —aseguró el falso sacerdote al percatarse de las dudas de Leo.

El SS se encontraba parapetado tras el conjunto de gruesas columnas que rodeaban el altar, desde esa privilegiada posición pudo escuchar toda la conversación. Una sonrisa de satisfacción afloró en su rostro, aquel era sin duda el caso más relevante en el que había trabajado y su resolución le auguraba un prometedor futuro. Rodeó la sacristía con cautela y esperó a que los traidores salieran por la puerta que daba directamente al retablo.

La luz que desprendía el quinqué brilló lo suficiente para llenar la nave central de sombras que parecían moverse al ritmo de los pasos de Jonás. Leo observó con temor la os-



curidad que envolvía la iglesia. A penas habían cruzado el altar cuando una voz les hizo detenerse. .

— ¡No den ni un paso más!

Jonás hizo ademán de sacar el revólver oculto debajo de la sotana. La fuerte detonación de un disparo congeló la intención de Jonás. La reverberación provocada por la acústica de la iglesia hizo que fuese imposible determinar su procedencia.

El estruendo del disparo detuvo durante un instante el corazón de Leo. Las piernas comenzaron a temblarle y a punto estuvo de orinarse encima. Su instinto de supervivencia le ordenó que corriese, que se alejase cuanto antes de aquel lugar y se olvidase del asunto para siempre. Eso hubiera hecho si una mano no le hubiese agarrado con fuerza.

—No se mueva, si lo hace es hombre muerto —susurró Jonás en el oído de Leo con un gruñido.

— ¿Que tenemos aquí? Un cura y un fiel feligrés camino de la redención —comentó el SS en tono burlón

— ¿Quién es usted? Muéstrese —dijo Jonás apuntando a las sombras.

—Por supuesto, padre —el SS se acercó apuntándoles con el arma —Aquí me tiene... —las palabras se le atragantaron al ver el rostro de Jonás — ¿tú? No puede ser, yo mismo te entregué.

Un gesto de desdén afloró en el rostro de Jonás.

—Hay ocasiones en las cuales la providencia te da la oportunidad de resarcirte de las ofensas —señaló Jonás apagando con un soplo la llama que iluminaba la escena.

Leo asistió aturdido al encuentro entre los dos hombres, cuando la oscuridad le envolvió permaneció inmóvil a la espera de que los acontecimientos se produjeran. Un fogona-

zo seguido de una fuerte detonación le indicó que permanecer de pie sin moverse no era la mejor opción. Se arrojó al suelo mientras los disparos continuaban a su alrededor. Se arrastró hacia el lugar más alejado, cuando creyó estar seguro se levantó y corrió por uno de los pasillos laterales. A pesar de tropezar varias veces con los obstáculos, que la negrura le impedía salvar, pudo alcanzar el portón principal. Desesperado intentó abrirlo y al igual que le ocurrió cuando se encontró al otro lado, su esfuerzo no obtuvo recompensa.

Los disparos se fueron espaciando, hasta que el silencio se impuso. Unos pasos se aproximaron hasta el lugar donde Leo aterrado esperaba su final. Cerró los ojos con fuerza ansiando que todo fuera una pesadilla de la que despertaría en cualquier momento. Notó como alguien le tocaba el hombro y asustado grito con todas sus fuerzas.

—Es usted una calamidad —dijo Jonás encendiendo una cerilla —Por el amor de Dios, abra los ojos. Habrase visto tanta estupidez en una sola persona. Cerrar los ojos en medio de la mayor de las oscuridades.

Leo abrió los ojos y se encontró con el rostro contrariado de Jonás. Nunca creyó que tanta irritación pudiese caber en una sola persona y encima vestido con sotana. Avergonzado intentó esbozar una media sonrisa.

— ¿Qué ha pasado con el otro hombre? —inquirió Leo.

—Lo he enviado al Valhalla con sus antepasados —anunció el falso sacerdote. Metió la llave en la cerradura y la giró. Cuando se oyó el chasquido que liberaba el pestillo Leo se apresuró a abrir la puerta. La escasa claridad del exterior iluminó el interior del templo. Leo volvió la cabeza en un gesto involuntario hacía el interior del templo, como si su cerebro quisiera recordar en un futuro el lugar donde todo empezó. De su garganta brotó un grito de terror.

El SS, herido en el abdomen, se había levantó del suelo y orientándose por las voces había conseguido acercarse a los dos hombres. Cuando oyó el alarido de Leo apuntó a su objetivo y apretó el gatillo hasta que vio a uno de ellos caer al suelo.

Leo oyó de nuevo los disparos y vio como Jonás se derrumbaba a sus pies. Angustiado se giró hacia el SS. Le vio acercarse apuntándole con la pistola. Esta vez sí tenía sentido cerrar los ojos por lo cual esperó su muerte sin ver a su asesino. Notó como su esfínter cedía a la presión y estaba vez si se orinó encima inundando los pantalones. Transcurrió más de un minuto sin que ocurriera nada. Se atrevió a entreabrir los ojos. El SS yacía en el suelo, la herida había acabado con él antes de poder dispara de nuevo.

Leo observó el rostro sin vida del SS, jamás había contemplado a un muerto y supo que jamás olvidaría aquel día. Su estomago se reveló amenazando con verter todo su contenido sobre el cadáver. Abrió la boca en un intento de inspirar el aire fresco de la noche. Aquella acción templó ligeramente sus nervios, se incorporó, esquivó el cuerpo sin vida del sacerdote y salió del edificio a la máxima velocidad que le permitían sus piernas. Con la imagen de los ojos sin vida de Jonás y el SS aún en su retina corrió calle abajo y tomó la primera intersección en busca de su automóvil. Examinó la calle con nerviosismo, allí no había ningún vehículo. Antes de que el pánico retornase a él, se obligó a pensar. Volvió sobre sus pasos, observó los grandes edificios de piedra que le rodeaban y respiró tranquilo. En su afán por salir de la iglesia había olvidado que el coche estaba estacionado en la parte trasera del templo.

Cuando llegó hasta el lugar donde le esperaba su automóvil volvió a percibir la misma sensación de peligro que instantes antes de entrar en la iglesia le había embargado. Con manos temblorosas buscó las llaves.

Una mano se posó en su hombro. Venció la tentación de cerrar nuevamente los ojos y se giró lentamente esperando encontrarse por fin con la muerte cara a cara. Con cierto alivio descubrió al individuo que había ido a su trabajo a visitarle. El hombre le miró con dureza y su voz sonó enérgica.

—Leo, acompáñeme, tenemos mucho trabajo por hacer.

## CAPITULO II

El ambiente repleto de humo y la escasa iluminación reinante en el local hacían de este el lugar apropiado para los clientes que querían pasar desapercibidos. Aquella noche se encontraba casi desierto, dos parroquianos sentados en una mesa del reservado tomaban el último trago mientras las chicas de compañía les animaban a subir a las habitaciones. El camarero de detrás de la barra miraba con indiferencia al hombre que, con la dificultad propia del que lleva varias copas de más, intentaba contarle sus problemas conyugales. Una joven vestida con una falda demasiado corta y una blusa con pocos botones abrochados esperaba sentada en un taburete la llegada de nuevos clientes. En su cara se podía ver una mezcla entre aburrimiento y desesperación. Si no conseguía más clientes esa noche tendría que rendir cuentas al jefe.

El negocio no estaba pasando por su mejor momento, desde la llegada de los nazis al poder la afluencia de público había descendido drásticamente. Varios de los asiduos habían desaparecido y las continuas redadas de las SA no animaban a frecuentar los lugares de diversión. Solo los más valientes o necesitados acudían a olvidarse de sus problemas y a inundar sus tristes vidas con alcohol. Los nazis habían emprendido una lucha contra ciertos negocios poco respetables, pero solo era cuestión de tiempo que la presión desapareciera. Las tropas de asalto del partido Nacionalsocialista no eran famosas por sus gustos delicados. Paulatinamente irían abandonando sus reductos de diversión y acabarían llenando los locales que hubiesen resistido.

Como todos los días, sentado en el reservado, un joven alto bebía en silencio, apurando copa tras copa hasta que era conminado a abandonar el lugar. Siempre solo, nadie se sentaba con él, nunca hablaba, solo despegaba los labios para beber y pedir que le sirvieran más. Apenas levantaba la mirada del vaso y cuando lo hacía sus ojos azules mostraban la pena y la resignación que le embargaban. Nada de lo que sucedía a su alrededor le importaba, su vida se había vuelto tan vacía como los vasos que se llevaba la camarera. Ante él no se presentaba ningún objetivo, su existencia se resumía en un trabajo anodino y en sus visitas al bar.

Un hombre pulcramente vestido bajó las escaleras que comunicaban el local con el exterior con paso decidido, miró a su alrededor en busca de su objetivo, entornó los ojos en dirección a las mesas más alejadas hasta que dio con él. En su forma de moverse se podía distinguir a una persona poderosa, todo en él transmitía seguridad. Su pelo negro peinado hacia atrás, su rostro de facciones duras y unos ojos negros llenos de determinación hacían de él un hombre al que respetar.

—Franz, no puede seguir así, se está usted matando —dijo el hombre mientras tomaba asiento al lado del joven —un miembro de la seguridad del estado no puede abandonarse de esa forma. No es profesional y usted es consciente de que su proceder es poco apropiado.

Los ojos vidriosos del policía se posaron en el hombre que acababa de interrumpir su soledad. Si la inesperada visita le causó alguna impresión su indolencia enmascaró cualquier respuesta.

— Herr Doktor viene de nuevo a salvarme la vida —la voz de Franz denotó la cantidad de alcohol ingerido —el todopoderoso Manfred Roth acude a realizar su obra de caridad para expiar así todo sus pecados.

Manfred negó con la cabeza. La primera vez que se cruzó con Franz le pareció el arquetipo perfecto de Nazi: Alto, rubio y de ojos azules. Solo había una cosa que lo hacía diferente; su integridad. Ahora en cambio ante sí se presentaba una caricatura, un ser abatido que buscaba la paz en el lugar equivocado.

—Es usted un buen policía, no debe permitir que los Nazis puedan con usted. Debe sobreponerse y luchar.

—No tengo fuerzas, llevo un año en el ostracismo, aparcado en una esquina rodeado de informes y formularios — volvió a bajar la vista y tomó un nuevo trago.

—No es motivo para rendirse. ¡Por el amor de Dios, es usted un von Steigenburg!

Franz depositó lentamente el vaso, de su boca brotó un sonido desdeñoso. El apellido von Steigenburg pertenecía a una de las familias más ricas y prestigiosas de Alemania. Su influencia iba más allá de la fortuna acumulada durante siglos de preponderancia absoluta. El actual conde von Steigenburg había aprovechado sus contactos al más alto nivel con la jerarquía nacionalsocialista para llevar a una familia poderosa a las más altas cotas de poder.

—Un von Steigenburg —murmuró para sí —ese apellido es una carga excesiva, todo el mundo se cree con derecho a exigirte lealtad y una obediencia aunque la causa sea in noble. Ser el hijo del Conde von Steigenburg no me han acarreado más que problemas. Ojala pudiera olvidarme de mi padre y de su sumisión a Adolf Hitler— las palabras de Franz estaban llenas de desesperanza.

—Me decepciona usted ¿Dónde está el joven que apenas hace un año luchaba con todas sus fuerzas contra el NDSAP? —Cuando acudió a mí en busca no dude en un solo instante en acceder a lo que me pedía, ¿Sabe usted porque accedí a ayudarle?